

# El horizonte de la noche

NEFELIBATA



OTROS LIBROS DEL AUTOR

EN DUOMO EDICIONES:

*La disciplina de Penelope*

*Rencor*

Gianrico Carofiglio

# El horizonte de la noche

Traducción de Montse Triviño



**Duomo ediciones**

Barcelona, 2026

## Primera parte

## 1.

Hace años, leí la autobiografía de un famoso abogado estadounidense.

El libro era así así: en algunos momentos hasta me pareció aburrido, pero contaba una anécdota que se me ha quedado grabada.

Nada más licenciarse en Harvard, el autor entra a trabajar en un prestigioso bufete de abogados. Después de varios meses en prácticas, dedicados a preparar expedientes para otros, le llega el gran día: el del primer proceso que llevará personalmente, junto al responsable del bufete. Tendrá que interrogar a los testigos y defender la causa delante de un jurado.

Su jefe lo cita delante de los tribunales media hora antes del juicio. Probablemente, piensa él, para repasar por última vez la estrategia y los temas que debe tratar. Cuando se encuentran, sin embargo, el otro se limita a decirle que lo siga. Recorren pasillos desiertos que en breve –cuando empiecen las audiencias– se convertirán en enloquecidas colmenas, y entran en la sala. El ambiente se parece al que tantas veces hemos visto en las películas: arquitectura de estilo neoclásico, majestuosa y enfática a la vez, como si quisiera ensalzar la solemnidad de los juicios que allí se celebran.

El abogado de más edad le pide al más joven que eche un vistazo a su alrededor, que piense dónde se encuentra y todo lo que está a punto de ocurrir allí. Transcurridos unos minutos, le pregunta qué siente.

–Reverencia –responde el joven.

–Bien, pues intenta grabarte en la mente esa sensación. Si algún día entras en la sala de un tribunal y no sientes ni una pizca de esa reverencia, habrá llegado el momento de dejarlo.

El protagonista de la historia afirmaba que aquella reverencia no lo había abandonado nunca en su carrera como abogado, por lo que había seguido ejerciendo con entusiasmo hasta la vejez.

Es una historia bonita. Muy romántica, muy americana. Y puede que hasta sea cierta. Mis inicios en la profesión, en cambio, fueron bastante menos románticos. Nada de salas de estilo neoclásico silenciosas e imponentes. Mi primera audiencia fue en un abarrotado juzgado de primera instancia: un montón de expedientes y carpetas amontonadas delante del juez, alboroto, olor acre a humanidad, claustrofobia... De todo menos el carácter sagrado de la justicia. Aun así, yo también puedo dar fe de que las salas solitarias, en ciertos momentos de espera y suspensión del tiempo, y aunque carezcan de mármol y estucos, poseen una asombrosa capacidad de despertar inquietudes, estupor e intuiciones.

Los jueces y los miembros del jurado popular se habían marchado, uno tras otro, a la sala de deliberación. El fiscal adjunto había abandonado el tribunal, con muchas prisas; se habían marchado los agentes de la policía penitenciaria con mi clienta; se había marchado el público, la prensa y los *carabinieri*. Por último, se había marchado el secretario judicial, D'Eusebio, después de decirme que me avisaría en cuanto el tribunal estuviera a punto de entrar para la lectura de la sentencia. Supongo que se debe a una estratifica-

ción de los recuerdos motivada por las muchas veces que he presenciado esa escena, pero siempre tengo la sensación de que existe una especie de liturgia no declarada, una regla procesal no escrita, casi una coreografía, por así decirlo, en el modo en que se vacía la sala del Tribunal del Jurado cuando los jueces se retiran a la sala de deliberación.

Yo había guardado en mi bolsa los documentos con las actas judiciales y el esquema del alegato, había metido la toga en la mochila y, por lo general, también tendría que haberme marchado. Sin embargo, me quedé. No era algo que hiciera de manera habitual. Es más: si lo pienso bien, no lo había hecho nunca. Se van todos y, por lo general, uno también quiere irse, alejarse de ese sitio que de repente parece... distinto. Y no solo porque primero estaba abarrotado y luego desierto. Y no solo porque las sillas que antes estaban ocupadas ahora están vacías. Es distinto y ya está: la percepción sensorial del sitio ha cambiado. Es obvio, claro: cuando no queda nadie en la sala, captas el silencio del interior y los ruidos amortiguados del exterior.

Lo que no es tan obvio, por ejemplo, es que cuando la sala se transforma en un lugar abandonado te lleguen olores que antes no existían. El olor a madera gastada y a polvo, por ejemplo. Flota pesadamente en el aire y tú te preguntas por qué hace un momento no lo olías y ahora sí. Me senté en el sitio del fiscal y, durante unos instantes, me dediqué a olisquear el aire y observar a mi alrededor.

De repente, las paredes –en las que no te fijas durante la audiencia o, si te fijas, te parecen sencillamente blancas, o grisáceas– muestran una trama de marcas, un alfabeto mudo e indescifrable. Y lo mismo ocurre con los bancos, desgastados tras decenas de juicios. En uno de los de la segunda fila, alguien había grabado con un cortaplumas, quién sabe

cuándo, esta frase: «La justicia es una mierda». Me pregunté por qué nadie se había dado cuenta, por qué a nadie se le había ocurrido ordenar que le sacaran brillo a aquel banco y borrarán aquella frase subversiva. Lo cierto es que cuando la sala está llena algunas señales son invisibles. Como si la presencia de los jueces, de los abogados, de la policía penitenciaria, de los *carabinieri*, de los secretarios judiciales y del público expulsara el verdadero e inquietante *genius loci*.

Me puse en pie, di una vuelta por la sala, me senté en la silla de uno de los miembros del jurado popular y, tras unos instantes de vacilación, en el sitio de la jueza presidenta. Para ver qué efecto causaba, como dice aquella vieja canción de Enzo. No causaba ningún efecto en especial, la verdad. Así pues, entré en la jaula –qué palabra tan desagradable, cuando se refiere a un sitio en el que se encierra a las personas: mucho peor que celda o cárcel– y me senté en uno de los banquillos destinados a los acusados. Miré hacia fuera, a través de las ventanas de la pared opuesta de la sala. Miré la sala, a través de los barrotes, y pensé en cómo había empezado todo.

## 2.

Había vuelto al bufete tras un par de horas en el tribunal, entre audiencias de aplazamiento y depósito de actas judiciales en las secretarías. Si hubiera tenido que contar a quién había visto, con quién había intercambiado cuatro frases, en qué sección de los distintos despachos y secretarías judiciales había estado, o dicho de otra manera, si hubiera tenido que hacer un resumen de lo sucedido aquella mañana, no habría sido capaz, ni siquiera diez minutos más tarde. Sabía que había estado en el palacio de justicia y que había despachado todas las tareas anotadas en mi agenda, nada más.

Siempre he sido muy distraído, desde que era pequeño. Por suerte, en mis tiempos nadie sabía qué era el trastorno por déficit de atención, así que, en las reuniones escolares, las maestras, y los profesores y profesoras, se limitaban a decirle a mi padre que siempre tenía la cabeza en las nubes. Expresión que antes se usaba mucho y que ahora ya casi no se oye. Sin embargo, si bien es cierto que siempre he sido muy distraído, lo que me estaba pasando desde hacía algún tiempo era distinto y, en cierto modo, alarmante. Me movía por el mundo –el trabajo y la escasa vida privada– como si estuviera envuelto en una especie de niebla. O con la percepción bajo los efectos de una sedación suave. Estaba rodeado de sombras, no recordaba (sin la agenda, quiero decir) qué tenía que hacer, con quién había hablado (y, por tanto, qué había dicho yo y qué me habían dicho) ni con quién me había en-

contrado. Rehuía hacer comprobaciones sobre la cuestión porque los resultados eran bastante aterradores: si miraba atrás, tenía que remontarme meses, por no decir años, para encontrar algún recuerdo real.

Me sonó el móvil y en la pantalla apareció el nombre de Ottavio, mi amigo librero. Era tan inesperado como inusual. Que yo recordase, Ottavio nunca me había llamado de día y, a lo largo de los años, solo unas pocas veces de noche. Tiene una librería, la Osteria del Caffellatte, muy especial; tanto que no creo que existan muchas como la suya en el mundo. Sobre todo porque abre a las diez de la noche y cierra a las seis de la madrugada.

Abrir esa librería fue la original manera que se le ocurrió a Ottavio para combatir su insomnio. Muy de vez en cuando me llamaba, siempre después de haber enviado un mensaje, a la hora de abrir (o sea, justo después de las diez de la noche) para informarme de que había llegado alguno de los libros que yo le encargaba: me empeño en comprar en librerías físicas y evito las plataformas *online*, más que nada por una cuestión de principios. Sí, es una actitud un poco retro y no demasiado original, ya lo sé.

Dejé que el teléfono sonara tres o cuatro veces, mientras pensaba que a lo mejor me había llamado por error. Después respondí:

–¿Ottavio?

–Hola, Guido, espero no molestarte, pero se trata de una emergencia.

–¿Qué ha pasado?

–Ya sé que lo que te voy a pedir es un poco raro, pero ¿podrías pasarte por la Osteria?

–¿Ahora?

–Si puedes, sí.

–Pero ¿la librería está abierta?

–No, pero yo estoy aquí.

Parecía agitado, lo cual era insólito en él. No nos veíamos nunca, más allá de nuestros encuentros nocturnos en la librería, ni recordaba habérmelo cruzado nunca de día. Por lo que sabía de él, Ottavio era un tipo muy tranquilo, alguien que no parecía perder nunca la calma. Y no porque hubiera trabajado el autocontrol, sino porque era su talante. Era un hombre sosegado. Y, precisamente por eso, el tono y la agitación me preocuparon un poco.

–¿No puedes adelantarme nada?

–Si no te importa, preferiría hablarlo en persona.

Se habrá metido en algún lío, pensé. O algún amigo suyo. En aquel momento me di cuenta de que ni siquiera sabía si tenía pareja; no tenía ni idea de cómo era la vida privada de alguien que trabaja de noche y duerme de día. Se me ocurrió pensar que, a lo mejor, algún delincuente le había pedido dinero a cambio de no crearle problemas en la tienda. Es algo que les suele ocurrir a quienes regentan locales que abren por la noche, pero la idea de que alguien extorsionara a un librero me pareció especialmente repugnante. A lo mejor quería pedirme consejo sobre cómo actuar.

O a lo mejor me estaba dejando llevar por la imaginación y se trataba de algo completamente distinto. Perderse en conjeturas, como siempre, era inútil.

–Dame media hora y voy para allá.

–Gracias, Guido.